

# Las últimas cartas de Stalingrado



Lectulandia

En el año 1950 se publicó en Alemania *Letzte Briefe aus Stalingrad* (*Las últimas cartas de Stalingrado*), un libro que recogía los fragmentos de 39 cartas escritas y remitidas por militares alemanes en los últimos días de la batalla por la ciudad de Stalin, que costaría la derrota aplastante del VI Ejército alemán. Según el editor del libro, las autoridades nazis, por orden directa del Cuartel General del Führer, confiscaron las últimas siete sacas que pudieron ser transportadas desde el cerco; los contenidos fueron estudiados y censurados, y las cartas nunca llegaron a sus destinatarios. Años después, los documentos reaparecieron en los archivos militares de Potsdam, de donde fueron recuperados para su publicación.

Sin embargo, no eran las últimas cartas de Stalingrado; era algo diferente: eran las cartas que quizá habrían podido escribir los soldados encerrados en la bolsa de Stalingrado, pero que no lo hicieron. No era exactamente una falsificación, pero tampoco eran documentos auténticos. *Las últimas cartas de Stalingrado* no son verdaderas, pero pudieron ser bien ciertas. Desde esta extraña condición, este libro nos acerca a una parte de la «verdad» de la batalla de Stalingrado, la que padecieron miles de soldados en el *kessel* antes de desaparecer en la derrota definitiva.

**Lectulandia**

Anónimo

# **Las últimas cartas de Stalingrado**

ePub r1.0

Rob\_Cole 23.04.2016

Título original: *Letzte Briefe aus Stalingrad*

Anónimo, 1950

Traducción: Emili Donato Prunera

Retoque de cubierta: Rob\_Cole

Editor digital: Rob\_Cole

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PROYECTO SCRIPTORIUM



3° Aniversario

# 1

... Mi vida no ha cambiado en nada, es como hace diez años, está bendita por las estrellas y se mantiene aislada de los hombres. No tenía ningún amigo, tú lo sabes, porque los hombres no querían saber nada conmigo. Yo era feliz cuando miraba al cielo con el telescopio y contemplaba el mundo estelar, y dichoso como un niño que puede jugar con las estrellas.

Tú eras mi mejor amigo, Mónica. Tú no te perdiste, tú eras eso. La época es demasiado seria para hacer bromas. Esta carta tardará quince días en llegar a tus manos. Hasta entonces ya habrás leído en el periódico lo que aquí ha ocurrido entretanto. No pienses mucho en ello, en realidad todo acabará de manera completamente distinta; deja a otras personas el cuidado de aclararlo. ¿Qué te importan a ti y a mí estas personas? Yo pensaba siempre y exclusivamente en años luz y sentía en segundos. También aquí tengo mucho que hacer con el estado del tiempo. Somos cuatro, y si esto continúa así estaremos muy satisfechos. Nuestro quehacer en sí mismo es muy sencillo. El registro de la temperatura y estado higrométrico, datos sobre la altura de las nubes y grado de visibilidad, es todo lo que constituye nuestra tarea. Si un burócrata leyera lo que estoy escribiendo las lágrimas se le saltarían de los ojos... a causa de la violación del secreto del servicio. Mónica, ¿qué es nuestra vida en comparación con los millones de años del cielo estrellado? En esta hermosa noche, veo Andrómeda y Pegaso por encima de mi cabeza. Las he estado observando durante largo rato y pronto estaré muy cerca de ellas. Mi contento y mi ponderación se los debo a las estrellas, entre las cuales tú eres la más bella. Las estrellas son inmortales y la vida del hombre es como un granito de polvo en el Todo.

A mi alrededor todo se derrumba, está agonizando todo un ejército, el día y la noche arden y cuatro hombres se ocupan en registrar la temperatura y la altura de las nubes. No entiendo mucho de cosas de guerra. Por mi mano no ha caído ningún hombre. Ni una sola vez he disparado mi pistola cargada con bala. Pero por lo que sé, en el lado contrario no existe tal falta de habilidad. De buena gana habría seguido contando estrellas durante un par de decenios, pero no hay duda de que esto ahora no serviría de nada.

## 2

... He cogido una vez más tu retrato y lo he estado contemplando durante largo rato. En mi recuerdo permanece grabado el episodio vivido en común la hermosa tarde de verano del último año de paz, cuando nos dirigíamos a nuestra casa a través del valle florido. Cuando nos encontramos por primera vez, habló en nosotros la voz de los corazones, más tarde lo hizo la voz del amor y la felicidad. Hablábamos de nosotros y del futuro que se tendía a nuestros pies como una alfombra de alegres colores.

La alfombra de alegres colores ya no existe. La tarde de verano ya no es, ni tampoco ya el valle florido. Y nosotros ya no estamos juntos. En vez de la alfombra policroma, se ha extendido un campo interminable y blanco; ya no hay verano, sino invierno, y ya no hay tampoco ningún futuro, al menos para mí y, por lo mismo, tampoco para ti. Durante mucho tiempo he estado experimentando una sensación inexplicable, sin saber de qué se trataba, pero hoy sé que es miedo; miedo por ti. A miles de kilómetros de distancia, sentía como si estuvieses junto a mí. Cuando recibas esta carta, sumérgete en ella y escucha: tal vez percibas mi voz al hacerlo. Se nos dice que nuestra lucha es una lucha por Alemania, pero aquí son muy pocos los que creen que este absurdo sacrificio sea de alguna utilidad para nuestra patria.

... Tienes que quitarte esto de la cabeza, Margarita, y tienes que hacerlo pronto. Quisiera aconsejarte incluso que lo hicieras radicalmente, pues cuanto más a fondo lo hagas, tanto más insignificante será el desengaño. Veo por tus cartas que desearías verme pronto junto a ti. No tiene nada de extraño que ansíes tal cosa. Yo espero, asimismo, en ti y, por cierto, apasionadamente. Esta circunstancia no me inquieta, sino el hecho de que, en el fondo y entre líneas, alienta un anhelo de tener de nuevo junto a ti, no sólo al hombre y al amado, sino al pianista. Lo rastreo con toda claridad. No se trata de una extraña confusión de sentimientos; no es que yo, que tendría que ser superlativamente desdichado, me haya entregado a mi destino y que la mujer — que tiene todos los motivos de estar agradecida al hecho de que yo viva (al menos hasta ahora)— riña con el destino que me ha caído en suerte.

A veces tengo la sospecha de que se levanta contra mí un mudo reproche, como si yo fuese culpable de no querer tocar más. Esto es lo que quisieras oírme confesar. Y por esto insistes tanto en tus cartas pidiendo una explicación que yo hubiese deseado y preferido darte personalmente. Acaso el destino ha querido que nuestra situación haya alcanzado un punto que no permite ya ninguna evasión. No sé si volveré a tener ocasión de hablarte; por esto es bueno que esta carta llegue a tus manos y lo sepas ya si algún día aparezco. Mis manos están perdidas, ya desde principios de diciembre. En la izquierda me falta el meñique, pero peor está aún la derecha, en la que se han helado el índice, el medio y el anular. Con ella puedo sostener la copa valiéndome del pulgar y el meñique. Estoy bastante desamparado y cuando faltan los dedos, se da uno cuenta de hasta qué punto los necesita para las operaciones más insignificantes. En el mejor de los casos, todavía puedo disparar con el meñique. Mis manos están perdidas. Pero no puedo pasar la vida disparando si no puedo ser útil para otra cosa. ¿O tal vez basta esto para ser guardabosque? Es éste un humor macabro. Y si escribo todavía es sólo para tranquilizarte.

Kurt Hahnke, a quien me parece conoces de la Escuela Superior, del año 37, interpretó la «Apasionata», al piano, en una travesía de la Plaza Roja. Un espectáculo de esta naturaleza no se presencia todos los días. El piano de cola estaba en medio de la calle. La casa había sido volada, pero antes, por compasión, habían sacado de ella el instrumento y lo habían plantado en la calle. Todos los soldados de infantería que pasaban por allí tecleaban en él al azar. Y yo te pregunto dónde, si no es aquí, se pueden encontrar pianos en la calle. Ya te lo he dicho una vez: Kurt tocó el 4 de enero de una forma inaudita; pronto estará en primera línea del frente.

Discúlpame que haya empleado la palabra «frente»; la guerra ha ejercido un gran influjo sobre todos nosotros y sobre nuestro mundo en torno. Cuando el joven vuelva a su hogar, oiremos de él muchas cosas dignas de alabanza. Supongo que no olvidará nunca estas horas. De ello cuidan ya el modo de ser y el ambiente públicos. Es una pena que yo no sea un escritor para poder vestir con palabras el episodio de



centenares de soldados que se acurrucaban allí envueltos en sus capotes y abrigadas sus cabezas con mantas; en todas partes se oían murmullos, pero nadie se incomodaba: escuchaban a Beethoven en Stalingrado, aunque no lo comprendieran. ¿Eres más feliz ahora que sabes toda la verdad?

... Ahórreme usted sus bien intencionados consejos. ¿Sabe usted acaso en qué situación me pone? ¿Qué palabras son ésas? ¡No habría usted obrado así, de haber sabido cómo hay que proceder! ¿Qué significa esto? Sabe usted que soy de su misma opinión y que hemos hablado de ello más de lo conveniente; pero esto no se puede escribir. ¿Tiene usted por idiotas a los demás?

Si escribo ahora, es porque sé perfectamente que no puede pasar nada; he tenido la prudencia de omitir las señas del remitente y usted recibirá esta carta por el conducto conocido. Aunque se supiera quién ha escrito estas líneas, en ningún lugar estaría yo más seguro que en Stalingrado. ¡Es tan fácil decir: rindan armas! ¿Cree usted que los rusos nos van a perdonar? Puesto que es usted una persona inteligente, ¿por qué no exige a sus amigos que se nieguen a reponer municiones y material de guerra?

Es fácil dar buenos consejos; pero esto no marcha tal como usted cree. ¿Liberación de los pueblos? Esto carece de sentido. Los pueblos permanecen los mismos, sus amos cambian y los que les son ajenos seguirán argumentando con la necesidad de liberar al pueblo del amo de turno. En el año 32, habría sido tiempo oportuno para actuar; lo sabe usted muy bien, y se dejó pasar la ocasión. Hace diez años todavía habría podido recurrirse a la papeleta electoral; el no haberlo hecho nos cuesta hoy esa pequeñez que llamamos vida.

... Esta mañana, en el puesto de combate, Hannes me ha persuadido de que te escribiera. Desde hace unas semanas, he estado titubeando en ponerme a hacer esta carta, pensando siempre que la incertidumbre resulta torturante, pero en todo momento consideraba una vislumbre de esperanza. Reflexionaba también acerca del desenlace de mi destino, y todos los días me dormía pensando en lo incierto de nuestra situación que oscila entre la esperanza de refuerzos y la perspectiva de la derrota. Pero tampoco me esforzaba en poner en claro lo decididamente dudoso. Tal vez por cobardía. Por tres veces habría podido yacer bajo tierra; pero esto, de acontecer, habría ocurrido de una manera imprevista, repentinamente, por sorpresa. Ahora las cosas han cambiado; a partir de esta mañana, sé ya de qué va, y puesto que me siento tan libre, tú tienes que ser liberado también de esta medrosa incertidumbre.

Al ver el mapa me estremecí. Estamos completamente solos, sin auxilio del exterior. Hitler nos ha abandonado. Esta carta saldrá si el campo de aviación sigue en nuestro poder. Estamos al norte de la ciudad. Los hombres de mi batería también sospechan lo de nuestra soledad, pero no lo saben con tanta certeza como yo. Parece, pues, que estamos llegando al fin. Ni Hannes ni yo iremos al cautiverio; ayer vi cuatro hombres que fueron hechos prisioneros por los rusos después de volver a tomar nuestra infantería la base aérea. No, no, no iré al campo de prisioneros. Cuando Stalingrado haya caído, lo oirás contar y lo leerás; te enterarás de que yo no regreso.

## 6

... En suma, no sirve de nada rebelarse contra esto y si hubiese algún medio, es seguro que yo lo encontraría. He intentado todo, naturalmente, para escapar a esta trampa, pero no quedan sino dos caminos: subir al cielo o ir a Siberia. Lo mejor es mantenerse a la expectativa, porque lo otro, como queda dicho, no tiene objeto. En la patria, algunos señores se frotarán las manos, puesto que pueden conservar sus sillas y sus poltronas y en más de un periódico se podrán leer bellas y altisonantes palabras enmarcadas por una ancha orla negra. Van a honrar nuestra memoria. No te dejes engañar por el estúpido vocerío. Sería capaz de machacarlo todo, pero hasta ahora, nunca me había sentido tan indefenso.

Sólo una cosa me digo siempre de continuo: conserva la salud y soportarás los peores tiempos. La salud es la condición previa para mi regreso a casa; no quiero renunciar a la silla de mi hogar. Si tú vuelves con los colegas, diles esto, tal como queda escrito. Cuanto más alto se sienta uno en una silla, de tanto más alto se cae.

... Eres la mujer de un oficial alemán y por esto vas a recoger lo que voy a decirte con estoicismo y entereza, exactamente con la misma entereza de que diste pruebas el día que estuviste en el andén de la estación, de donde yo partía para el Este. Soy un mal escritor de cartas; las mías no tuvieron nunca más de una página. Hoy tenía muchas cosas que contarte, pero lo voy a aplazar para más adelante. Más adelante significa dentro de seis semanas si todo va bien, y dentro de cien años si nada va bien. Tienes que contar con ello. Si va bien, podremos hablar de todo esto durante mucho tiempo, y en tal caso, ¿por qué voy a intentar escribir largamente, cosa que, por lo demás, no sé hacer? Si las cosas van mal, entonces las palabras tampoco servirán de mucho.

Ya sabes hasta qué punto estoy contigo, Augusta; de nuestros sentimientos hemos hablado poco o nada en absoluto; te quiero mucho y tú me quieres a mí, por consiguiente tienes que saber la verdad. Y la verdad está en esta carta. La verdad es la consciencia de la lucha más cruenta en una situación sin esperanza. Miseria, hambre, frío, renuncia, duda, desesperación y pavorosa muerte. Durante mi permiso, no te dije nada de todo esto; tampoco te hablé nunca de ello en mis cartas. Mientras estábamos juntos, y con ello entiendo asimismo cuando nos hallábamos en contacto postal, éramos marido y mujer, y la guerra era un odioso aunque inevitable fantasma que acompañaba nuestras vidas. Pero la verdad es además el saber que éste no es un mero tema de lamentación o queja, sino un hecho objetivamente comprobado.

Mi responsabilidad personal por los acontecimientos no puede negarse. Ahora bien, esta responsabilidad es del orden del uno por setenta millones; la proporción es pequeña, pero está ahí. No pienso rehuir mi responsabilidad y razono para mí mismo diciéndome que con la entrega de mi vida habré saldado mi deuda. No hay por qué hablar de cuestiones de honor.

Augusta, te darás cuenta de la hora en que será necesario que seas fuerte. No te amargues y no sufras demasiado a causa de mi ausencia. No soy cobarde; sólo me entristece el hecho de no poder dar ninguna gran prueba de mi valor, como no sea morir por esta causa inútil, por no decir crimen. Ya conoces el lema de los H[...] «Culpa reconocida, culpa expiada».

No me olvides demasiado pronto.

... Ahora te escribo de nuevo unas líneas a pesar de que ayer escribí una carta y otra también a Hans Müller. No puedes quejarte de que no te haya escrito nunca. Uno de mis camaradas se lleva esta misiva. Felicito de todo corazón a mi abuela por su 74 cumpleaños y lamento no poder comer con ella el pastel del día. ¿Hay de todo en la pastelería? Aquí no tenemos pastel, pero cuando salgamos de ésta, volverá a haber de todo; entretanto hay que estrecharse el cinturón cada vez más. Ve a la Caja de Ahorros, saca cincuenta marcos y compra un regalo para la abuela; se alegrará mucho. Seguramente los Bergers tienen todavía café; el marido está en la administración del puerto. Si lo tienen, te lo darán con toda seguridad. Lo que tienes que hacer es decirles que es para la fiesta del cumpleaños. Les he hecho muchos favores a los Bergers.

Escribo muchas tonterías. Pero vale más tonterías que no escribir ninguna carta. Y uno no sabe nunca si está ya fundida la bala que le está destinada. Pero no temáis en absoluto por nosotros. Seguro que salimos de ésta y hacemos después todos un viaje de cuatro semanas con permiso. Aquí hace ahora mucho frío, ¿hay también nieve ahí?

... A mi alrededor todo está confuso, embrollado, de manera que no sé qué hacer. ¿No será acaso mejor poner el final en el lugar del principio?

Queridísima Ana, sin duda te extrañará recibir una carta hasta cierto punto cómica, pero si la lees con calma, verás que no lo es en absoluto. Antes veías siempre en mí a un burgués, y debo darte la razón cuando, por ejemplo, yo embutía en mi cartera el pan del desayuno. Dos rebanadas a mano izquierda y dos a la derecha, encima metía las manzanas y además el termo. El termo tenía que meterlo atravesado encima de las manzanas para que no se reblandeciera la mantequilla del pan. Eran unos tiempos —¿cómo decía siempre tío Herbert?—, unos tiempos de reflexión. Hoy ya no soy un burgués. En nuestro refugio hay un calorillo agradable. Hemos desmontado algunos automóviles que han ido a parar a la estufa; esto no debe saberlo nadie, aunque aquí hay preocupaciones de muy otra índole.

Mi «gabinete de trabajo» está aquí al lado. Ya te lo escribí hace unos días. Es un refugio, donde hace poco se alojaba un capitán. Te cuento en detalle el aspecto de todo lo de acá aunque desearía escribirte cosas completamente distintas. Y, por otra parte, tampoco lo quisiera, pero parece que la situación es crítica. Se dice en todas partes. Nos hallamos en la zona más retirada de retaguardia, de vez en cuando oímos un disparo; si no fuera por esto, no nos acordaríamos siquiera de la guerra. Tal como están aquí las cosas, podría aguantar cien años. Pero no sin ti. Desde luego no va a durar tanto tiempo; nosotros contamos todos los días con poder salir de aquí. Pero estas esperanzas están en pugna con lo que se rumorea.

Hace ya siete semanas que el ejército está cercado; siete semanas más, no puede durar. El permiso me tocaba ya en septiembre, pero no pude disfrutarlo y me consolé con el hecho de que otros camaradas tuvieron que renunciar también al suyo. Ayer por la mañana se nos dijo que un tercio de los que estamos aquí seríamos trasladados a nuestras casas. El sargento mayor de la compañía de Sanidad afirma que lo ha oído decir. Claro que esto puede tardar todavía unos cuantos días, pues en realidad aquí no hay nadie que sepa lo que está ocurriendo. Hace ya ocho meses que no he estado junto a ti, por esto la espera de unos pocos días carece de importancia. Desgraciadamente, no podré traerte muchas cosas, pero ya veré lo que se puede hacer en Lemberg. Me alegro a cuenta del día feliz en que llegue el permiso y mucho más aún por ti y por madre. Cuando telegrafíe, no dejes de avisar inmediatamente a tío Herbert. Es delicioso alegrarse de algo; de esta alegría vivo, muy especialmente desde ayer por la mañana y todos los días hago una raya en el calendario. Cada raya significa que estoy un día más cerca de vosotros.

... Eres testigo de que yo siempre me sobresaltaba porque le tenía miedo al Este y a la guerra en general. Yo no era soldado, sino un hombre con uniforme. ¿De qué me sirve a mí esto y de qué les sirve a los demás que no se sobresaltaban ni tenían miedo? Sí, ¿de qué nos sirve a todos nosotros, los comparsas de este absurdo personificado? ¿Qué provecho sacaremos de una muerte heroica? He representado el papel de un muerto en la escena un par de docenas de veces, pero sólo lo he representado. Vosotros os sentabais frente a mí en las butacas de terciopelo y mi representación del muerto os parecía auténtica y fiel. Estremece darse cuenta de lo poco que tiene que ver la representación de la muerte con la muerte misma.

La muerte tenía que ser siempre heroica, fascinante, admirable, tenía que ser muerte por una gran cosa y convincente. ¿Y qué es realmente ahora y aquí? Un reventar, un morir de hambre, un helarse, poca cosa más que un hecho biológico, como el comer y el beber. Caen como moscas, nadie se preocupa por ellos y se les entierra. Yacen por todas partes, sin brazos, sin piernas y sin ojos; con los vientres destripados. Habría que rodar una película con ellos para hacer imposible «la muerte más bella del mundo». Es una muerte de carnicería, que más tarde será ennoblecida en lo alto de un zócalo de granito con «guerreros moribundos» de cabeza o brazos envueltos en un vendaje.

Se escribirán novelas, se entonarán himnos y cantos de alabanza. Y en las iglesias se celebrarán misas. Y yo no quiero formar parte del rebaño, pues no me seduce la idea de corromperme en una fosa común. Al profesor H[...] le escribí algo parecido. Tú y él volveréis a tener noticias mías. No os extrañéis si antes pasa todavía algún tiempo, porque he decidido encauzar con mis manos mi propio destino.



... Hoy, O[...] y yo tenemos una noche magnífica y tranquila. Todo está quieto al otro lado. No aquí. El ruso está sosegado y hemos podido terminar pronto. Una buena botella de Cordon Rouge consumida con toda tranquilidad nos hizo la noche particularmente agradable.

En las notas del «Diario de Guerra» leí algo de Binding y de otro. ¡Con qué original finura resuena en este hombre lo que ahí afuera nos impresiona y conmueve! Todo lo subjetivo y secundario queda eliminado. En sus palabras sólo irradia de su espíritu lo realmente decisivo.

Nada nos prometemos de las grandes decisiones que... arriba habrán de tomar seguramente alguna vez. ¡Nadie puede decir, naturalmente, si el tiempo que pasa rápido no hará cambiar tales decisiones! Hasta ahora se ha estado combatiendo con furiosa dureza por la altura X, en la ciudad y fuera de la ciudad. Generales y coroneles coqueteaban con la posibilidad de que justamente dicha altura X pudiera tener cierta trascendencia en la Historia Universal. ¡Y no sólo generales!

Todos los días son tomadas al asalto algunas posiciones y todos los días el enemigo —o nosotros, según quien las ocupe— es desalojado de ellas. Ni el enemigo ni nosotros hemos sido capaces de decidir hasta ahora con qué fin hay que tomarlas aun en el caso de que puedan ser mantenidas.

Ocurre con lo pequeño —bien puede decirse— lo mismo que con lo grande. Esta larga ausencia de éxitos origina una apatía casi incurable o una tenacidad que en realidad consiste meramente en una espera.

Son ya cerca de las diez. Me voy a dormir lo más que pueda. Cuanto más se duerme menos se siente el hambre, porque el hambre no es hermosa, es dura.

Os quiero mucho.

... Así, ahora ya sabes que yo no volveré. Comunícaselo a nuestros padres con precaución. Estoy muy trastornado y dudo mucho de todo. En tiempos era confiado y fuerte, hoy me encuentro insignificante y soy escéptico. Muchas cosas de las que aquí suceden no las sabré nunca; pero lo poco en lo cual tomo parte es ya tanto, que no lo puedo tragar. A mí no me convencerán, ni podrán convencerme de que mis camaradas murieron con la palabra «Alemania» o con el grito de «Heil Hitler!» en los labios. Se muere y esto no puede ser objeto de engaño; pero la última palabra es para la madre o para la persona a quien más se quiere, o bien es simplemente un grito de ¡socorro! He visto ya caer y morir a centenares y muchos de ellos, como yo mismo, formaban parte de las juventudes hitlerianas; pero todos, si les quedaban fuerzas para ello, pedían auxilio o bien pronunciaban el nombre de alguien que no podía ayudarles.

Hitler prometió firmemente sacarnos de aquí; así se nos explicó y nosotros creímos también con firmeza en su palabra. Y hoy sigo creyendo en ella, porque todavía necesito creer en algo. Ahora bien, si esto no es verdad, ¿en qué puedo creer yo? Si esto no es verdad, no necesito ya ninguna primavera, ningún verano, ni ninguna otra cosa capaz de proporcionar alegría. Deja que te hable de mi fe, Greta querida; he creído toda mi vida —o al menos durante ocho años de la misma— en el Führer y en su palabra. Es aterrador ver cuán sumergidos en dudas y cuán avergonzados están, los que oyen aquí las palabras contra las cuales nada puede decirse, pues las realidades hablan por ellas.

Si no es verdad lo que se nos prometió, entonces Alemania camina hacia su perdición, pues en tal caso ya no podrá mantenerse ninguna palabra.

¡Oh, estas dudas, estas terribles dudas! ¡Si al menos pudieran desvanecerse pronto!

... Desgraciadamente, la Navidad de la que tengo que hablarte no fue muy bonita, pero cuando menos la pasamos muy calentitos. Nuestra posición se encuentra en la misma orilla del Volga. Conseguimos ron, un poco flojo, pero sabía estupendamente. Mi camarada trajo consigo algunas cosas de la división: jamón y fiambre con gelatina. Seguro que lo raspó de la cocina, pero nos supo magníficamente; por lo demás, en la cocina tienen de esto buenas provisiones, de lo contrario mi camarada no habría podido ratear nada en absoluto. El pan escasea mucho. Por esto hicimos un pastel. En la sartén pusimos una mezcla de harina, agua y sal, a la que añadimos jamón. La harina tampoco era lechuga de nuestro huerto. He celebrado ya cuatro Navidades en guerra, pero esta vez la fiesta fue la más triste de todas. En cuanto termine la guerra habrá que recuperarse de todo y es de esperar que el año próximo podamos celebrar las Navidades en casa.

Hace ya tres meses que estamos en Stalingrado, pero no damos un solo paso adelante. Aquí hay bastante calma, pero al otro lado del río, donde se extiende la estepa, se lucha de firme. Nuestros camaradas de la estepa no lo pasan tan bien como nosotros. Han tenido mala suerte. Tal vez a nosotros nos toque el turno de ir allá, porque tienen grandes pérdidas. Pero lo mejor es no pensar en ello. Y sin embargo, se piensa en ello reiteradamente cuando durante las veinticuatro horas del día no se tiene nada que hacer sino precisamente no pensar en nada; entonces los pensamientos van hacia la tierra que nos ha visto nacer. ¿Pensasteis todos en mí la noche de Navidad? Yo tuve esa extraña sensación que nos invade cuando uno se da cuenta de que alguien está pensando en nosotros.

... Ha llegado la ocasión para que te mande de nuevo mis saludos rogándote asimismo que saludes a los tuyos y les transmitas mis afectos.

El ruso ataca en todas partes. Nuestras tropas resisten desde el principio del ataque, que no se interrumpe un solo día, luchando duramente y con sus fuerzas físicas completamente agotadas. Se portan como unos héroes y ni uno solo de ellos se rinde. El hecho de que el enemigo nos aplaste cuando se agota el pan, las municiones, el carburante y los hombres, no supone ninguna victoria para él, bien lo sabe Dios.

Estamos seguros, desde luego, de haber sido víctimas de graves errores del mando y de que la destrucción de la fortaleza de Stalingrado le ocasionará graves daños a nuestro pueblo y en general a nuestra nación. Pero a pesar de ello, creemos en un feliz resurgimiento de nuestro pueblo. De ello se preocuparán, sin duda, hombres de verdadero corazón. Hay una labor que os tendrá que ser confiada en la patria: la de impedir que continúen su obra todos los locos, los mentecatos y criminales. Y los que regresen a la patria los habrán de barrer como el viento barre la paja menuda. Somos oficiales prusianos y sabemos lo que nos toca hacer cuando llega el momento.

Si alguna vez echo una ojeada a mi vida, me doy cuenta de que puedo mirar atrás con profunda gratitud. Ha sido bella, maravillosamente bella.

Fue como el ascenso por una escalera y hasta este último peldaño, como coronación, es bello y casi podría decir que es armonioso y definitivo.

Tienes que decir a mis padres que no deben estar tristes, que deben conservar mi recuerdo con el corazón alegre. Y nada de resplandores de gloria, pues yo nunca he sido un ángel. Por lo demás, tampoco voy a presentarme nunca como tal ante el Señor mi Dios; podré hacerlo en calidad de soldado con un alma de caballero, libre y orgullosa ¡como un señor! No temo la muerte en absoluto; la fe me confiere esta hermosa (¿franqueza?). Al darme cuenta de ello, experimento también un profundo sentimiento de gratitud.

Haz extensivo mi legado a los que nos sucedan: ¡Educalos para señores! ¡Rigurosa sencillez de pensamiento y de conducta! ¡Ninguna desviación!

Poned todo vuestro afecto en ayudar a mis padres a superar los primeros momentos de dolor. Como a mi tío X[...], erigidme a mí también una bella y sencilla cruz de madera en el cementerio del Parque.

Conserva Sch[...] como residencia señorial de los X[...] Éste es mi mayor anhelo. En mi escritorio hay una carta en la cual, durante mi último permiso, expuse con detalle mis deseos.

Bien, me confío al cariño de todos vosotros y os doy las gracias una vez más. Gracias, y ¡las frentes altas! ¡Siempre adelante!

Un abrazo para todos.

... Si hay un Dios, me escribías en tu última carta, Él te devolverá a mi lado pronto sano y salvo; un hombre como tú, seguías escribiendo, que ama a los animales y a las flores y que no hace mal a nadie, que ama y honra a su mujer y a su hijo, está siempre bajo la protección de Dios.

Gracias por estas palabras. Llevo siempre la carta conmigo, metida en el morral. Pero, queridísima, si se sopesan bien tus palabras y resulta que tú haces depender de esto la existencia de Dios, entonces tienes que hacer frente a una grave y tremenda decisión. Yo soy una persona religiosa, tú fuiste siempre creyente, pero ahora tiene que ser de otra manera si los dos extraemos conclusiones de lo que ha sido hasta hoy nuestra particular orientación, porque se ha presentado una circunstancia que convierte en ilusorio todo aquello en lo cual creíamos. ¿O acaso tú no lo sospechas? ¡Se advierte un tono tan singular en tu última carta del 8 de diciembre! Estamos a mitad de enero.

Ésta es mi última carta para mucho tiempo, tal vez para siempre; uno de mis camaradas, que tiene que ir al campo de aviación, se la va a llevar consigo, pues mañana despegará el último avión del aeródromo. La situación se ha hecho insostenible, el ruso se encuentra a tres kilómetros de la última base aérea, y si ésta se pierde, de aquí no escapa una rata más y yo tampoco. Es cierto que otros centenares de miles tampoco podrán salir, pero es un triste consuelo el hecho de compartir con los demás el propio naufragio.

¡Si hay un Dios! En el otro lado son también muchos los que dicen esto, en Inglaterra y en Francia son seguramente millones. Yo ya no creo que Dios sea bondadoso, pues de lo contrario no habría permitido una injusticia tan grande. Ya no creo en esto, pues de lo contrario Dios habría iluminado la mente de los hombres que iniciaron esta guerra y hablaban siempre de paz y del Todopoderoso en tres idiomas distintos. Ya no creo en Dios, porque nos ha traicionado. Ya no creo, y tú has de ver como acabarás con tu fe.

... La vigilia de la santa fiesta, once camaradas asistieron con devoción a los oficios divinos celebrados en una choza relativamente intacta. No fue fácil encontrarlos en medio del rebaño de los escépticos, los desesperados y los desengañados; pero los que pude descubrir, acudieron con el corazón alegre y bien dispuesto. Era un grupo curioso el que pude reunir para la fiesta de la Natividad del Niño Jesús. Hay muchísimos altares en el ancho mundo, pero en ninguna parte hubo otro más pobre que éste de aquí. Ayer había aún granadas en la caja encima de la cual coloqué la guerrera gris de campaña de un camarada muerto, al cual había cerrado los ojos el viernes en este recinto. Escribí a su mujer una carta de consuelo. ¡Quiera Dios extender sobre él sus piadosas manos!

Leí a mis muchachos la historia de la Natividad, del cristiano gentil Lucas, escrita en los versículos del 1 al 17 del capítulo segundo; les di pan duro y negro como Santo Sacrificio y Sacramento del Altar, como verdadero cuerpo de Jesucristo e imploré para ellos perdón y misericordia. No les hablé del quinto mandamiento. Los hombres se sentaban en taburetes y banquitos y levantaban hacia mí su mirada, los ojos abiertos de par en par en sus rostros consumidos por el hambre. Todos eran jóvenes. Sólo uno contaba cincuenta y un años. Me siento feliz por haber podido infundir consuelo y fortaleza en sus corazones; al terminar, nos dimos todos las manos, nos comunicamos nuestras direcciones y nos prometimos que los que saliéramos vivos de aquí buscaríamos a los familiares del pequeño grupo que formábamos y les contaríamos cómo habíamos celebrado la Nochebuena de 1942.

Que Dios extienda sus piadosas manos sobre vosotros, queridos padres, pues la noche llega y haríamos bien en arreglar nuestras cosas antes de morir. Somos llevados por la noche y en la noche entramos si así lo dispone el Señor del Universo. Pero no entramos en una noche sin fin. Ponemos nuestra vida en las manos de Dios; quiera Él perdonarnos cuando llegue nuestra hora.

... En Stalingrado plantearse la cuestión de Dios vale tanto como negarlo. Tengo que decírtelo, querido padre, y ello es para mí doblemente penoso. Me educaste tú, pues faltaba mi madre, y siempre me pusiste a Dios ante los ojos y ante mi alma.

Y lamento doblemente mis palabras, porque éstas pudieran muy bien ser las últimas, y después de esto es posible que no pueda decir ya nada que sea capaz de ponerme a bien contigo y desenojarte.

Tú eres cura de almas, padre, y en la última carta que se escribe se dice sólo aquello que es verdad o bien lo que uno cree que podría serlo. He buscado a Dios en todos los embudos, en todos los rincones, en todos los camaradas, cuando estaba echado en mi hoyo y lo he buscado en el cielo. Cuando mi corazón le llamaba a gritos, Dios no se dejó ver. Las casas estaban destruidas, los camaradas eran tan valientes o tan cobardes como yo, había hambre y crimen en la tierra y del cielo caía fuego y llovían bombas; sólo Dios estaba ausente. Escribo esto una vez más y sé que es espantoso y que no puedo remediarlo. Pero si, en efecto, hubiese un Dios, lo habría sólo entre vosotros, en los libros de cánticos y rezos, en las sentencias piadosas de sacerdotes y pastores, en el son de las campanas y en el aroma del incienso. Pero no en Stalingrado; en Stalingrado, no.

... Es para volverse loco, querido Helmut. Aquí se puede escribir ahora y uno no sabe a quién. Miles de pobres diablos que están echados en las trincheras de primera línea y que no tienen siquiera el pensamiento de una suerte tal, me envidiarían y darían por ello la soldada de todo un año. Hace un año, tú y yo nos sentábamos en Jüterborg y estudiábamos mecánicamente «ciencia bélica» y ahora estoy sentado en medio de la inmundicia y no sé qué hacer con tanta cosa absolutamente inútil. A los demás les ocurre aquí exactamente lo mismo. Es una situación de lo más estúpida. Si lees casualmente el nombre «Zaritzza» en el Boletín CK-W, podría darse el caso de que, por una vez, dijeran la verdad y de paso sabrías donde me encuentro. ¿Vivimos nosotros en la Luna, o sois acaso vosotros los que habitáis en este satélite? Estamos con 200 000 hombres metidos en la inmundicia; todo alrededor, sólo hay rusos y no podemos decir que estamos cercados, totalmente cercados y sin esperanza.

Recibí tu carta el lunes; hoy es domingo, un verdadero día de fiesta. Ante todo quisiera contestar aquellas palabras tuyas con las cuales me felicitas por mi traslado al frente. Acabo de leer Gneisenau (no todos tienen tiempo para hacerlo) y quisiera citarte una frase que él escribió a Beguelin, residente en Kolberg: «... al leer esta noticia, pensé que ellos podían muy bien haber oído el tronar de nuestros cañones y harían votos para que escapáramos sanos y salvos. Hubo días en que la tierra temblaba y yo me comportaba cómo un jugador que apuesta su último luis de oro, con la esperanza de que la suerte diera un viraje en redondo, pues hubo un momento en que sólo disponía de municiones para quince días y, sin embargo, no podía reducir el fuego por temor a que el enemigo pudiera darse cuenta de mi escasez de munición. Es vergonzoso lo mal provista que se encontraba esta plaza fuerte».

Pero, querido joven, aquéllos eran otros tiempos. Gneisenau tendría que haber oído el despliegue de las fuerzas, en orden abierto de guerrillas, y el disparar de 200 cañones a un kilómetro de distancia. Pero no sólo él, tú también deberías oírlo y, en tal caso, no tendrías tanta prisa en «ir hacia delante». No quiero restar un ápice de tu fe en tu valentía personal, pero aquí ésta no te serviría de nada. Aquí mueren los valientes y los cobardes; mueren en un agujero sin la menor posibilidad de defenderse. ¡Oh, si alguna vez hubiésemos tenido municiones «sólo» para quince días! Entonces nos las habríamos prometido muy felices. Mi batería dispone todavía de 26 obuses; esto es todo y ya no nos llegarán más. Tú eres también uno de los prosélitos y ahora puedes echar tu discursito. Puesto que estamos todavía bastante cerca unos de los otros tenemos aún el pulso un poco normal y una docena de cigarrillos; anteayer tuvimos una sopa y hoy hemos «conquistado» un jamón en intendencia (no queda ya nada que marche con regularidad y tenemos que abastecernos nosotros mismos); nos metemos en un sótano y quemamos muebles, tenemos veintiséis años y ya no somos tontos; nos entusiasmábamos frenéticamente, en tiempos, con las charreteras y rugíamos con vosotros «Heil, Hitler!» y ahora nos



vemos en la disyuntiva de reventar o ir a Siberia. Y esto no sería lo peor, pero cuando se tiene la certeza de que todo esto acontece por una causa totalmente absurda, se le sube a uno la sangre a la cabeza.

Pero hay que dejarles que vengan a los rusos; la tercera batería tiene todavía 26 obuses y su jefe dispone aún de un cañón del 08 y de seis píldoras blancas. Es tiempo de que termine esta carta, se acerca la hora de la oración de la tarde y de arrastrarse un poco más profundamente en la tierra. Mi querido y viejo amigo, puedes ahorrarte contestar a esta misiva, pero dentro de unos quince días acuérdate de estas líneas. No se necesitan dotes especiales de clarividencia para prever el final de todo esto. Lo que no sabrás nunca en realidad es cómo va a llegar este final.

... Me dicen, en el puesto de combate, que va a salir un correo. Espero que puedas leer lo que te escribo. No dispongo de mejor papel. Aquí no hay otro. Pero lo principal es lo que en él se escriba. Tengo ahora un destino de ciclista y corro mucho por ahí. De no ser así, no me habría enterado. A mí me va aún todo perfectamente y lo mismo espero que te ocurra a ti. Lo único que me fastidia es tener que rodar por ahí fuera, por la nieve y el hielo. No dirías a quién me he encontrado: al hijo de Gruendel, el comerciante. Tiene un destino en el almacén de intendencia. Allí está muy calentito. Gracias a él he tenido la oportunidad de hacerme con una lata de carne de cerdo y dos panes enteros. No nos está permitido enviar paquetes, de no ser así te mandarían la lata. Claro está que no me disgustará comérmela solito. ¿Qué hace la pequeña María y cómo están los padres? Hace ya mucho tiempo que no he recibido ninguna carta de ellos. Recibí hace quince días la última de Ricardo. Tengo que poner fin a esta carta, pues oscurece ya y todavía tengo que recorrer diez kilómetros en bicicleta.

... Te he escrito ya veintiséis veces desde esta ciudad maldita y tú me has contestado diecisiete cartas. Ahora te escribo una vez más, pero después no voy a repetir. Bien, ahí lo tienes; he estado pensando durante mucho tiempo cómo daría forma a esta frase de grave contenido, diciéndolo todo en ella aunque sin afligir demasiado.

Me despido de ti porque la decisión se ha producido esta mañana. En esta carta voy a dejar completamente de lado el aspecto militar, el cual es asunto exclusivo de los rusos y la cuestión consiste simplemente en saber cuánto tiempo viviremos. Puede que todavía sigamos así dos días o sólo un par de horas. Nuestra vida personal se ha terminado. Nos hemos apreciado y nos hemos querido, y nos hemos estado esperando dos años. Y esto ha sido un bien, pues el tiempo que entretanto ha pasado ha elevado la impaciencia de vernos de nuevo, pero también ha hecho soportable en gran medida nuestro alejamiento. El tiempo es lo que tendrá que cicatrizar asimismo las heridas que cause mi ausencia definitiva.

El 28 de enero cumplirás veintiocho años; esto es mucha juventud todavía para una mujer tan bonita y me alegra poder echarte una vez más este piropo. Me vas a encontrar mucho en falta, pero a pesar de todo no te cierres a los hombres. Deja que pasen unos meses pero no más. Porque Gertrudis y Nicolás necesitan un padre. No olvides que tienes que vivir para nuestros hijos y no des demasiada importancia a su padre. Los niños olvidan muy aprisa. Fíjate bien en el hombre en quien recaiga tu elección y presta atención a sus ojos y a su apretón de manos, exactamente igual como ocurrió en nuestro caso, y así no te engañarás. Una cosa ante todo: educa a los hijos para que sean hombres de bien, que puedan llevar alta la frente y mirar a todo el mundo a la cara. Escribo estas líneas con el corazón oprimido; tampoco me creerías si escribiera que esto me es fácil, pero no te preocupes en absoluto, no tengo miedo por lo que va a ocurrir. Debes decirte siempre una y otra vez y díselo también a los hijos, cuando sean mayores, que su padre no fue nunca un cobarde y que ellos tampoco deben serlo jamás.

... Hace ya once días que dura este jaleo. Una vez más puedo hoy mandarte unas líneas. Confío en que habrás recibido todas mis cartas anteriores. A mí tampoco me faltó nunca nada. Pero la vida fue sin duda muy bella para que uno pueda seguir viviéndola tranquilamente en estos días.

Hemos sido empujados hacia el corazón de la ciudad. ¡Esta condenada ciudad! ¡Ojalá llegue pronto el fin! Y, como escribí ya una vez: dejad que siga alegremente mi camino...

¡Adiós!

... Queridísima, pienso siempre en ti. Hoy, al ir a buscar la comida, también he pensado en ti. En las buenas comidas que me preparabas siempre. Mis calcetines están todos destrozados y ya no puedo librarme de la tos. Aquí se han terminado los comprimidos para combatirla. Tú podrías enviarme jarabe, pero no permiten frascos de vidrio. ¿Estás tú también resfriada? Procura siempre estar bien caliente. ¿Hay carbón vegetal? Ve a ver a Al[...] a quien yo procuré madera para sus muebles. Ahora debe corresponder suministrándote carbón. Supongo que tío Pablo clavaría tiras de fieltro en las ventanas, antes de que fuera demasiado entrado el año. Aquí no celebré la fiesta de Navidad. Me encontraba en ruta, en automóvil, y nos quedamos clavados en la nieve, pues la carretera estaba embotellada. Pero pronto pudimos seguir adelante. Me propuse celebrar la Navidad del próximo año en toda regla y aprovechar para mandarte algo muy bonito.

No es culpa mía si ahora no puedo enviarte ningún regalo. Los rusos nos tienen rodeados y no podremos salir del cerco hasta que Hitler venga por nosotros. Pero no tienes que contárselo a nadie. Será una sorpresa.

... Hemos tenido que tragarnos muchas cosas y también nos tragaremos esto. Ésta es una situación estúpida. Podría decirse endiabladamente complicada. No acabo de comprender cómo saldremos de ésta. Claro que, en realidad, eso no es asunto mío. Hemos invadido el país obedeciendo órdenes; obedeciendo órdenes hemos disparado nuestras armas, pasamos hambre obedeciendo órdenes, morimos obedeciendo órdenes y obedeciendo órdenes volveremos a salir de aquí. Hace tiempo que habríamos podido hacerlo, pero los estrategas todavía no se han puesto de acuerdo. Si no lo hacemos pronto, nos encontraremos con que ya será demasiado tarde. Pero es cosa segura que volveremos a ponernos en marcha obedeciendo órdenes. Con todas las probabilidades en la misma dirección proyectada desde un principio, sólo que sin armas y bajo otro mando.

Kemner estuvo... jugando a los dados con Helms, uno de los fuertes de nuestra vecindad. Perdió la soldada, el reloj, la sortija y tuvo que firmarle un pagaré. Y también le voló el piano de su querido hogar. Ocurren aquí los casos más idiotas. Tengo curiosidad por saber cuál es la situación jurídica de un piano perdido en el juego. El reloj y la sortija, el menudo gordinflón ha vuelto a recuperarlos. Tal vez mañana gane además la casa anexa al jardín. Si ahora mueren los dos, ¿cómo se solucionará el asunto de la sucesión? Me habría gustado saberlo, pero aquí no hay tiempo para ir de acá para allá. Hay muchas cosas que no sé; también soportaré no saber ésta. Ya te dije al principio que aquí hemos tenido que aguantar muchas cosas. Cuéntaselo a Ergon. Título: «Preocupaciones de un teniente en Stalingrado». Llegado el caso, y me parece que será pronto, volveremos a combatir. Esto todavía lo hacemos mejor que jugar a los dados.

... Después de esto ya sé a qué atenerme y te devuelvo la palabra. No me ha sido fácil tomar esta decisión, pero las divergencias son demasiado grandes. Yo buscaba una mujer de miras amplias, pero no una mujer en la que éstas lo fuesen tan desmesuradamente. Escribí ya a mi madre notificándole lo que debe saber. Te ruego me ahorres citar los testigos y mencionar las circunstancias que me proporcionaron las pruebas de tu infidelidad. No te odio en absoluto, pero te aconsejo que busques un buen alegato y aceleres todo al máximo. He escrito al Dr. F[...] diciéndole que estoy de acuerdo con el divorcio. Y cuando regrese a casa, dentro de seis meses, no quisiera encontrar en ella nada que me recuerde tu persona.

Renunciaré a mi permiso de febrero o marzo.

Me acaba de decir el *pica*<sup>[1]</sup> que durante las fiestas navideñas no podré ir a casa. Yo le he explicado que tenía que mantener su promesa y él me ha enviado al capitán. Éste me ha dicho que otros, como yo, hubiesen querido ir con permiso a casa para pasar allí las Navidades y que así se lo habían prometido a sus familias, pero que no habían podido mantener la promesa. Y que él no podía hacer nada para que pudiéramos irnos. El capitán ha dicho que debíamos alegrarnos de seguir viviendo todavía y además que el largo viaje no sería cosa buena en pleno invierno.

Querida María, no debes disgustarte porque no vaya a verte con permiso. Pienso a menudo en nuestra Luisita. ¿Tenéis un bonito árbol de Navidad? Nosotros conseguiremos uno si no nos destinan a otro alojamiento. No quiero escribir mucho de las cosas de acá, porque, de hacerlo, te haría llorar. Te envío adjunto una fotografía en la que tengo barba. La foto tiene ya tres meses de edad y la hizo un camarada en Jargov. Aquí corren muchos rumores, pero yo no consigo sacar nada en limpio. A veces tengo miedo de no volverte a ver más. Un hombre no debe escribir nunca esto, me dijo Heiner de Krefeld, pues con ello se inquieta a la familia. ¿Pero y cuando esto es verdad?

María, querida María, te he estado hablando de cosas deshilvanadas y el *pica* me ha dicho que ésta es la última carta, porque no saldrá ya ningún avión más. Sobre esto no tengo valor de mentir. Y en cuanto al permiso, tampoco nunca lo volveré a tener. ¡Si al menos pudiera verte todavía una sola vez! Cuando pongáis las candelas, acordaos de vuestro padre de Stalingrado.



... Sabrás, además, que el jueves estuvimos en el cine. El local no valía nada, pero pensad que de no haber ido no sé cómo habríamos matado el tiempo. Vimos «Geier - Walli»; todos se sentaban en el suelo, encima de los cascos o como los negros. Es una película muy buena. Me escribías diciéndome que anduviera con cuidado con las muchachas. María, aquí no hay muchachas. En el cine estábamos solos; unos doscientos hombres. El cine había sido instalado por la Compañía de Propaganda. Ésta da representaciones todas las noches en el henil; hasta ayer no supe que el ruso había disparado sus cañones contra la ciudad. Anteriormente, quise ver «Geier - Walli» en Dresden, pero no lo conseguí. Y ahora he visto «Geier - Walli» en Stalingrado. Tiene gracia. Si puedo lograr un permiso, iré a ver «Geier - Walli» en un buen cine. Aquí, en el henil, la película resultó ya muy buena. Sólo el sonido era deficiente y los diálogos no podían entenderse bien; además, los camaradas no paraban de hacer broma y fumaban de tal manera que pronto el humo no permitió ver nada. Algunos aprovecharon la proyección para calentarse y para dormir. ¡«Geier - Walli» en Stalingrado! Nunca me olvidaré de esto.

... ¡Qué tremenda desgracia que viniera la guerra! Hermosas ciudades fueron víctimas tuyas y son ahora montones de escombros. Y el campo no se cultiva en ninguna parte. Y lo más espantoso es la muerte de tantos y tantos hombres. Ahora yacen enterrados en tierra enemiga. ¡Qué gran desgracia es esto! Pero debéis alegraros de que la guerra se desarrolla en países lejanos y no en nuestra querida patria alemana. Allí no podrá llegar y así la desgracia no será todavía mayor. Tenéis que dar gracias por esto y dárselas a Dios de rodillas. Nosotros estamos aquí a orillas del Volga y montamos la guardia. Para vosotros y para nuestra patria. Si no estuviéramos nosotros aquí, los rusos romperían el frente y lo machacarían todo. Son muy fuertes y disponen de muchos millones de hombres. A los rusos el frío no les importa. Pero nosotros nos helamos terriblemente.

Me alojo en un agujero practicado en la nieve y sólo por la noche puedo refugiarme en un sótano. No podéis imaginaros lo bien que se está allí. Aquí estamos y por esto no debéis temer nada. Ahora somos cada vez menos y si esto continúa, pronto no quedaremos ninguno. Pero Alemania tiene muchos soldados y todos ellos luchan por la patria. Todos deseamos que pronto llegue la paz y que triunfemos; esto es lo más importante. Deseadnos suerte.

... Resulta muy duro para mí escribir esta carta y duro será también para ti leerla. Desgraciadamente, la noticia que va en esta carta no es buena. Y no se ha vuelto mejor por el hecho de que yo haya esperado diez días a decírtela. Ahora nuestra situación ha empeorado tanto que se ha incrementado el temor de que nuestras comunicaciones con el mundo exterior queden pronto absolutamente cortadas. Se nos aseguró hace poco, con toda certeza, que este correo aún saldría. Si yo supiera que todavía queda otra oportunidad, seguiría esperando, pero lo ignoro y bien o mal tengo que explicarme. Para mí, la guerra ha terminado.

Estoy hospitalizado en Gumrak y espero ser transportado a retaguardia en avión. Pero siendo mucha el ansia con que espero, la fecha de partida se aplaza una y otra vez. El hecho de que yo vuelva al hogar es una gran alegría para mí y para mi querida mujer, que eres tú. Pero el estado en que yo llegaré a casa no será ninguna alegría para ti. Me desespera profundamente pensar que compareceré ante ti mutilado. Debes saber de una vez que mis piernas me fueron arrancadas por un obús.

Voy a decírtelo con toda sinceridad. Mi pierna derecha fue completamente machacada y me la amputaron por debajo de la rodilla y la izquierda me fue cortada en la parte alta del muslo. El médico mayor cree que con prótesis podría andar como un hombre sano. El médico mayor es un buen hombre y sus intenciones son también buenas.

Desearía que tuviese razón. Bien, ahora ya sabes esto con antelación. Querida Elisa, sólo quisiera saber lo que piensas. Tengo todo el día de tiempo y sólo pienso en esto. Y mis pensamientos se ocupan mucho contigo. A veces he deseado estar muerto. Pero esto es un pecado grave y no hay que expresarse así.

En mi pabellón se alojan más de ochenta hombres, pero fuera de él lo hacen incontables camaradas. Desde aquí se oyen gritos y sus gemidos y nadie puede socorrerles. A mi lado hay un sargento de Bromberg que tiene el vientre destrozado por la metralla. El médico mayor le dijo que pronto se iría a casa, pero a los sanitarios les dijo: «No pasará de esta noche, dejadle ahí hasta que muera». El médico mayor es un buen hombre, sin embargo. Al otro lado, junto a mí y cerca de la pared, yace un soldado de infantería de Breslau, al cual le falta un brazo y la nariz y que me dijo que ahora ya no necesitaba pañuelo. Al preguntarle yo qué hacía cuando tenía que llorar, él me contestó: «De todos los que estamos aquí, incluidos tú y yo, ninguno volverá a llorar más. Otros llorarán pronto por nosotros».

... Esta carta la escribe Axel por mí. No se llama Axel, sino Lachmann, y es de Koenigsberg. Pero le llamamos Axel. Tengo el brazo levantado y envuelto en anchas vendas y por esto no puedo escribir. Pronto me iré a casa; así me lo dijo el médico del regimiento y estoy la mar de contento. También me ha dicho el médico del regimiento que me falta un pedacito del brazo. Tiene gracia que ahora no pueda mover los dedos. Sin embargo, como jardinero que soy, los voy a necesitar. Aquí la tierra es muy grasa y blanda, justo la que necesitaríamos en Luneburgo. Afuera está todo nevado y la tierra no puede verse. Hace cuatro días me refugiaba todavía en un hoyo que tenía un metro de profundidad y durante todo el día observaba la tierra; buen suelo para sembrados y, naturalmente, ni rastro de estiércol, la estepa produce su propio estiércol. En aquel hoyo pasé mucho miedo. Hoy me río de esto. Mi cama no es muy cómoda, pero cuando esté en casa me voy a reír mucho más. Y vosotros os reiréis todos conmigo.

... He recibido tu contestación. No esperarás que te dé las gracias. Esta carta será breve. Debí haberlo pensado cuando te pedí que me ayudaras. Eras y sigues siendo un hombre inalterablemente «recto». Ni mamá ni yo lo ignorábamos. Pero no podíamos creer, ni remotamente, que sacrificaras tu hijo a la «rectitud». Te pedí que me sacaras de aquí, porque por este absurdo estratégico no vale la pena irse al otro barrio. Te habría sido muy fácil pronunciar una palabra en mi favor y hacer que una orden oportuna me alcanzara. Tú no te haces cargo de la situación. No la ves con claridad. Bien, padre, bien.

Esta carta no sólo es breve sino que es la última que te escribo. Ya no tendré nuevamente ocasión de escribir cartas, incluso en el caso de que quisiera hacerlo. Tampoco cabe ya imaginar que alguna vez pudiéramos encontrarnos cara a cara y tuviera que decirte lo que pienso. Y como sea que no voy a escribirte ninguna carta más, voy a recordar de nuevo tus palabras del 26 de diciembre: «Te alistaste voluntario y fue cosa fácil estar bajo la bandera en tiempos de paz, pero resulta difícil mantenerla en tiempo de guerra. Tienes que ser fiel a esta bandera y triunfar con ella». Estas palabras expresaban claramente tu actitud de estos últimos años. Tendrás que acordarte de ellas aún, pues se está anunciando la época en que todos los hombres juiciosos de Alemania condenarán la locura de esta guerra y tú habrás de comprender cuán vacías son las palabras que se dicen sobre la bandera con la cual yo debiera vencer.

No hay victoria, mi general, no hay más que bandera y hombres que caen y al final no habrá ni bandera ni hombres. Stalingrado no es en absoluto una necesidad militar, sino una arriesgada aventura política. Y su hijo de usted no colaborará en este experimento, mi general. Usted le cerró el camino de la vida y él elegirá el camino opuesto, que también conduce a la vida, pero en el otro lado del frente. Piense en sus palabras y es de esperar que cuando se desplome todo el tinglado, recuerde usted la bandera y se mantenga fiel a ella.

... ¿Cuántas cartas le he escrito a usted hasta ahora? Según mis cálculos van ya 38. En agosto me escribió usted diciéndome que llevaba un registro de correspondencia, un verdadero clasificador de individuos, con direcciones y características y la indicación de cuando conoció usted a su corresponsal más las incidencias de su amistad con él. Todo esto me divirtió de lo lindo. ¿Incluyó usted también en el clasificador la fotografía que le mandé? Mi registro de cartas es muy incorrecto; seguramente que su contabilidad supera con mucho las crucecitas que yo trazo en mi almanaque de bolsillo. En definitiva, es absolutamente igual que las cartas que yo le he escrito sean 37 ó 38. Yo soy su corresponsal número cinco. Debe de ser muy interesante leer todas las cartas que usted ha ido recibiendo. Porque éstas deben proceder de todos los escenarios bélicos. Cuando termine la guerra, estará usted en posesión de un nutrido libro de recuerdos en forma epistolar. La última Navidad quisimos encontrarnos por primera vez en Karlsruhe y fracasamos. Y lo que es para el futuro lo veo también muy negro. En realidad casi no se puede confiar en nada.

Gracias a Dios, he encontrado el camino para abordar otro tema. No habrá nada de nuestro encuentro y el año próximo tampoco podremos observar exactamente el plazo. Otro fracaso, querida niña. Resulta idiota que uno tenga que conformarse con ser espectador. Esto a la larga enloquece. ¡Si al menos en septiembre, cuando tenía la esquirla de metralla en el brazo, me hubiesen mandado a la patria sin más! Pero yo quería estar presente cuando tomáramos Stalingrado y muchas veces he lamentado mi renuncia de entonces.

Las cartas mías recibidas por usted fueron escritas completamente en broma; siempre he sido un guasón; esto puede usted confirmarlo, pero hoy no se puede seguir bromeando: las cosas se han puesto muy serias.

¿Qué escribirá usted en la sección número cinco de su registro de correspondencia? No escriba de ninguna manera por la «gran Alemania», etc., puesto que no es cierto. Escriba «por Ana a tantos de tal del año tal». Espero que no encuentre frívolo mi tono. Al usarlo, lo haga refiriéndome a sus otros corresponsales. De éstos, fallarán algunos un buen día. Pero por otra causa. En otras circunstancias. De pronto dejarán de escribir. Sus cartas fallarán sin más. Yo, en cambio, le comunico ahora como es debido, señorita Ana, que ésta es casi mi última carta. Quede con Dios; la esperanza de volvernos a ver será sacrificada en aras de esta estúpida lucha que todo lo absorbe. Quede usted con Dios y como despedida le doy mis más efusivas gracias por el tiempo que su afecto me ha dedicado. Al primer pronto iba a decir «malgastado», pero lo he meditado bien y ahora veo que no ha malgastado usted el tiempo carteándose conmigo, ya que sus cartas me causaron siempre una gran alegría.

... Hoy he hablado con Hermann. Se encuentra a unos doscientos metros de distancia de aquí, en el sector sur del frente. De su regimiento no queda ya mucho. Pero el hijo del panadero B[...] sigue todavía en él. Hermann había recibido la carta en la cual le comunicabas la muerte de nuestro padre y de nuestra madre. Todavía pude hablar otra vez con él e intenté consolarle a pesar de que yo mismo estoy agotado. Es una suerte que padre y madre no puedan enterarse de que nosotros dos, Hermann y yo, no hemos de volver nunca a casa; y es una gran pena pensar que sobre tu vida futura tenga que gravitar el peso de cuatro personas muertas.

Yo quería ser teólogo, padre quería tener una casa y Hermann construir puentes. Todo esto quedará incumplido. Tú conoces exactamente la situación de nuestra casa y nosotros conocemos la situación de aquí. No, no todo lo que imaginábamos en nuestros proyectos quedará incumplido. Nuestros padres yacen bajo los escombros de su casa y nosotros, por duro que sea decirlo, estamos con unos cientos de camaradas —o tal vez más— metidos en un barranco al sur del frente. Estos barrancos se llenarán pronto de nieve.

... Cuando me pongo a meditar sobre todo lo que me rodea, no llego nunca a un resultado positivo. De vez en cuando, habría que reflexionar, pero esto requiere tiempo. En el fondo, esto del tiempo no sería un inconveniente muy grave, pues nunca he tenido tanto como en esta guerra y particularmente aquí en Stalingrado. Hace dos días hablé con el sacerdote y estuvimos dialogando largo rato, pero no pudimos ponernos de acuerdo, pues el dolor me parecía mayor que la posibilidad de consuelo. El sacerdote opinaba que en este tema llegábamos a un punto en el cual tiene que cesar la filosofía y debe empezar la religión. Uno de nosotros dos tiene, sin duda, razón y yo me pregunto: ¿Tiene esto verdadera importancia? Y persisto en meditar; me paso horas enteras sentado en el refugio y sumido en cavilaciones.

Mi querido señor consejero: Tenemos pocas ocasiones para hablar en privado y me alegro mucho de no estar sujeto por lazos familiares como muchos camaradas. Estos lazos tienen que ser forzosamente origen de horribles y torturantes preocupaciones capaces de arrastrar a un hombre a la desesperación. ¡Esta angustia permanente por la mujer, por los hijos y por yo qué sé qué más! Oigo todos los días lo que hablan y unas veces resulta trágico y otras cómico comprobar el valor que se concede a todo y la especial importancia que todo adquiere para el hombre aislado. Unos hablan de la tienda y piden información sobre si la casa ha sido dañada; otros se preocupan de sus paquetitos, de los que mandan y de los que reciben. También he meditado acerca de esto, es decir, acerca de lo que pueden contener los paquetes que se envían desde Stalingrado. Con nosotros hay un camarada de Luedenscheid que en todas sus cartas pregunta cómo está ¡el gato! ¡Grotesco! Dinero, fama, posición, propiedad. Pero los temores son principalmente por el destino personal y estos temores tienen siempre su expresión en gran número de cartas. Tendría motivos para estremecerme de asco por el comportamiento que observan.

Hace una hora me preguntaba un camarada de refugio, un capitán, si no había oído decir que habíamos roto el frente ruso en el sector norte. ¡Como si esto pudiera cambiar la situación! Empujan por todas partes en el sector central y el ímpetu con que lo hacen hace pensar que buscan una salida. Pero no hay salida que se dé de acuerdo con nuestros deseos. El miedo les priva de la reflexión y del claro entendimiento en la misma medida en que hace presa en ellos. Y ni siquiera se dan cuenta de lo poco viril y ridículo de su comportamiento.

Mi campo de visión alcanza sólo hasta un límite de cien metros y puedo ver, poco más o menos, un centenar de hombres. Cobardes todos. Con frecuencia baja alguno de ellos de una loma resbalando de culo o viene renqueando de la línea de fuego; y cuando se huele lo que aquí ocurre, sacude la cabeza extrañado. Con esta gente no podemos ganar ninguna guerra y menos ésta. Está bien que el frente se comporte de distinta manera que este grupo inconsolable de confusos estados mayores que ejercen las funciones más dispares. Me pregunto qué papel me corresponde desempeñar a mí,



en realidad. Yo ahora soy valiente o como se llame. ¿Lo soy porque no corro como una gallina asustada de un lado a otro ni voy apresuradamente de nido en nido cacareando? ¿Lo soy porque no recojo ni propago ninguna habladuría, porque de noche puedo dormir tranquilo y no hablo con nadie de lo que voy a hacer al día siguiente?

Señor consejero: Stalingrado es una buena escuela para el pueblo alemán; sólo es lástima que aquellos que reciben sus objetivas enseñanzas no podrán aprovecharlas ya por ser demasiado tarde. Habría que poner en conserva sus revelaciones. Soy fatalista y mis necesidades son tan exiguas que, para cuando llegue aquí el primer ruso, estoy dispuesto a coger mi mochila y salir a su encuentro. No voy a disparar contra él, ¿para qué?, ¿para matar a unos rusos a quienes no conozco? Tampoco voy a suicidarme, ¿con qué fin iba a hacerlo? ¿Prestaría con ello algún servicio a alguien, tal vez al señor Hitler? En los cuatro meses que llevo en guerra, he aprendido más que en cien años de vida. Sólo deploro una cosa: la circunstancia que me obliga a llegar hasta el fin de mis días en medio de una sociedad execrable.

... Nadie sabe lo que nos va a ocurrir, pero de todos modos creo que hemos llegado al fin. Estas palabras son duras, no obstante debes interpretarlas como las escribo. Desde el día en que nos despedimos y me convertí en soldado todo ha cambiado radicalmente. Entonces vivíamos aún con la idea —alimentada por mil ilusiones y esperanzas— de que todo se daría con bien de una manera cierta. Y sin embargo, en las palabras de despedida que habían de servir de consuelo a nuestra felicidad de marido y mujer, se ocultaba ya una inquietante preocupación. Me acuerdo todavía de una carta tuya en la que me decías que desearías poderte cubrir la cara con las manos y olvidar. Y yo te escribí después que era necesario hacerlo así y que las noches del Este eran mucho más oscuras y penosas que las de casa.

Pues bien, las oscuras noches del Este siguen siendo oscuras y lo son mucho más que nunca. En estas noches, uno trata de indagar el sentido profundo de la vida e incidentalmente obtiene una respuesta. Ahora a nosotros nos separan el espacio y el tiempo y yo estoy a punto de pasar el umbral que se encuentra entre nuestro pequeño mundo propio y aquel otro mundo que es mucho mayor y más peligroso: el de la nada, por supuesto. Sólo comprendería lo que significa ser marido y mujer en su recto y profundo sentido si hubiese pasado ya los días de la guerra. Y ahora, lo sé también porque te escribo estas líneas postreras.

... He llorado tanto estas últimas noches, que a mí mismo me parece excesivo. He visto llorar también a otro camarada, pero por otros motivos. Lloraba éste por sus tanques perdidos que eran todo su orgullo. Y tan incomprensible como es mi propia debilidad lo es, para mí al menos, el que un hombre pueda afligirse por la muerte de un material de guerra. Soy soldado y desearía que para él los tanques no fueran precisamente material muerto. En una colectividad vale la pena observar la circunstancia de que dos hombres lloren por el motivo que sea. Yo siempre fui muy propenso a las lágrimas; un hecho emocionante o una acción noble me hacía llorar. Lo mismo me ocurría también en el cine, cuando leía un libro o cuando veía sufrir a un animal. Me aislaba del mundo en torno y participaba en lo visto o sentido. En cambio, nunca experimenté como una pérdida la desaparición de valores materiales. Por consiguiente, tampoco podría llorar por tanques que fueron empleados en la estepa abierta como artillería y fueron destruidos sin el menor esfuerzo. En cambio mis lágrimas corrieron durante la noche por el hecho de ver a un hombre intachable, a un soldado valeroso, llorando como un niño de una manera amarga y continuada.

El martes destruí, con mi tanque, dos «T - 34». La curiosidad los había llevado detrás de nuestras líneas. Fue magnífico e impresionante. Después pasé junto a los humeantes carros destrozados. De la abertura superior de uno de ellos colgaba un cuerpo con la cabeza hacia abajo; sus piernas estaban aprisionadas y ardían hasta las rodillas. Aquel cuerpo estaba con vida y la boca gemía. Debían de ser unos dolores horribles. No había la menor posibilidad de sacarlo de allí. Y aunque ésta hubiese existido, habría muerto horas después en medio de grandes tormentos. Le maté de un tiro y por esto corrieron lágrimas por mis mejillas. Y ahora hace ya tres noches que lloro por el conductor del tanque ruso muerto y cuyo asesino soy yo. Temo no poder dormir tranquilo nunca más si un día regreso junto a vosotros, queridos míos. Mi vida es un horrible conflicto, una rareza psicológica.

He organizado un grupo de ocho hombres entre los cuales figuran cuatro rusos. Nosotros nueve arrastramos cañones de un punto a otro. Y cada vez que terminamos de cumplir el traslado, un tanque enemigo es paralizado e incendiado en su ruta hacia acá. Ya hemos destruido siete carros de combate y tenemos que completar la docena. Pero sólo dispongo de tres tiros y disparar sobre tanques no es una partida de carambolas. Por la noche lloro incontinentemente como un niño. ¿En qué parará todo esto?

... Su carta llegó hace un año a manos de un desconocido que estaba solo en el mundo. La recogí y en los largos días de invierno ausculté el latido que en ella me hablaba. El latido de los campesinos, de las tempestades, del cálido viento del sur y de los aludes.

Usted escribía siempre que el soldado desconocido tenía que extraer de las cartas ánimo, energía, fe y valor. Y hoy he de decirle a usted que en sus líneas he sorbido ánimo, energía y también valor. Pero la fe en la buena causa ha muerto. Tan muerta está como los cien mil que lo estarán conmigo dentro de treinta días.

La carta de hoy va a sus manos por dos motivos. Primero, porque el soldado desconocido al cual se dirigió hace tiempo tiene que darle a usted cuenta, como es costumbre entre soldados, de lo que aquí ocurre, y en segundo lugar, porque supongo que escribirá reiteradamente a otros soldados desconocidos pretendiendo comunicarles con sus cartas energías, ánimo y valor. Y fe.

Señorita Adi, esto último es el motivo principal. La fe puede exhibirse sin duda muy bien en el papel, pero cuando es prostituida, como aquí en esta ciudad arrasada de orillas del Volga; cuando, como aquí, se descubre que la fe en la buena causa no ha sido otra cosa que tiempo perdido inútilmente, entonces hay que advertir a todo el mundo para que no se deje convertir a ella.

... Por la mañana se nos dijo que podíamos escribir. Todavía una vez, digo yo, pues sé perfectamente que ésta será la última. Tú sabes que yo siempre he venido escribiendo a dos personas, a dos mujeres, a la «otra» y a ti. Estaba muy alejado de ti y Carlota, en estos últimos años, estaba más cerca de mí. No vamos ahora a remover todo esto hablando una vez más de cómo pudo pasar y por qué tuvo que ocurrir. Pero hoy que el destino nos coloca ante la elección, al no poder escribir más que a una persona, mi carta va a ti, que hace seis años que eres mi mujer.

Te hará bien saber que la última carta del hombre al cual quisiste va dirigida a ti y que no he escrito, en cambio, a Carlota rogándole que te transmitiera mis saludos. Por esto ahora, en estos minutos que contienen mis últimas voluntades, te suplico, querida Erna, que seas generosa, que me perdones las injusticias que durante mi vida cometí contigo y que vayas a casa de Carlota (vive con sus padres) y le digas que le estoy muy agradecido y que le transmito mis saludos a través de ti, es decir, a través de mi mujer. Dile que en estos últimos tiempos ella ha representado mucho para mí y que muchas veces he pensado en lo que iba a ocurrir si yo llegaba a ser repatriado. Pero dile también que tú representaste para mí mucho más que ella y que, en el fondo, aun sintiéndome profundamente afligido de que no haya retorno en absoluto, en realidad de verdad, estoy contento de tener a mano este medio impuesto que nos ahorra tremendos sufrimientos a los tres.

¿Será Dios más grande que el destino? Estoy completamente tranquilo, pero no sabes lo difícil que es expresar en una hora todo lo que a uno le queda por decir. ¡Tendría que escribir tantas cosas, cosas tan innumerables! Pero con ser tanto lo que aún tendría que escribir, es necesario darse cuenta de que no hay que dejar correr excesivamente la pluma sobre el papel y que hay que encontrar el momento de dejarla a un lado. De la misma manera que ahora dejo yo a un lado mi vida.

De mi compañía quedan todavía cinco hombres. Wilmsen sigue entre ellos. Los demás están ya todos... todos demasiado cansados. ¿No es esto una bella manera de expresar lo horripilante? Pero ¿qué interés tiene todo esto y de qué sirve el que tú lo sepas? Consérvame en tu memoria como el ser que al llegar casi al fin, se ha acordado de que es tu marido para pedirte perdón y más aún: para suplicarte que digas a todas las personas que conoces, también a Carlota, que he vuelto a encontrarte en el momento que me arrebató para siempre de tus manos.

Quise escribirte reiteradamente una carta muy larga, pero mis ideas se desplomaban siempre como las casas batidas por el fuego de artillería. Dispongo todavía de diez horas, de manera que tengo tiempo para entregar esta carta. Diez horas son un tiempo muy largo cuando se espera; pero son breves cuando se ama. No estoy nervioso; en absoluto. De hecho, desde que estoy en el Este mi salud ha mejorado mucho, ya no me resfrío ni me acatarro; éste es el único bien que me ha hecho la guerra. Pero ésta me ha regalado algo más: el saber que te quiero. Es curioso el hecho de que el hombre no repare en ciertas cosas hasta que está a punto de perderlas. A través del espacio que separa y aleja, se tiende un puente que va de corazón a corazón. Por este puente te escribo acerca de la vida cotidiana y acerca del mundo que vivimos aquí. Si yo regresara a casa te contaría la verdad y después no volveríamos a hablar nunca de la guerra. Ahora sabrás ya antes la verdad, la última verdad. Pues ahora ya no podré escribirte más.

Mientras haya riberas siempre existirán puentes; sólo que debiéramos tener valor para pasar estos puentes. Uno de éstos conduce a ti y el otro a la eternidad, lo que para mí, en última instancia, es exactamente lo mismo.

Mañana cruzo el último puente, tal es la expresión literaria que se emplea para la muerte; ya sabes que siempre me gustó escribir con la preocupación estética de la palabra y el sonido. Tiéndeme la mano y mi camino no será tan difícil.

... Mi querido padre: La división está limpia de escoria para el gran combate, pero el gran combate no tendrá lugar. Te extrañará que al escribirte te dirija la carta a la oficina, pero lo que he de decirte en la presente sólo puede decirse entre hombres. Ya se lo comunicarás a mi madre a tu manera. Hoy podemos escribir, se dice por aquí. Esto para los que están al tanto de la situación significa que ya no podremos hacerlo más que esta vez.

Tú eres coronel, querido padre, y miembro del Estado Mayor Central. Sabes lo que esto significa y me ahorrará explicaciones que pudieran tener un cierto sabor sentimental. Esto se acaba. Creo que pueden pasar aún ocho días y después será el fin. No pretendo buscar las razones que se puedan tener en pro o en contra de nuestra situación en campaña. Actualmente, tales razones carecen en absoluto de importancia y además de nada sirven, pero si tengo que decir algo acerca de este tema es sólo una cosa: no busquéis explicaciones de la situación entre nosotros, sino entre vosotros y en quien ha de responder de todo esto. Podéis estar orgullosos. Tú, padre, y todos los que comparten tus puntos de vista. Estad alerta para que la patria no sea víctima de mayores calamidades. El infierno del Volga tiene que ser para vosotros un aviso. Os ruego que no desdeñéis esta experiencia.

Y ahora dos palabras de actualidad. De la división quedan todavía sesenta y nueve hombres útiles. Blayer vive aún y Hartlieb también. El pequeño Deben ha perdido los dos brazos y pronto estará sin duda en Alemania. Para él, esto ha terminado también. Preguntadle detalles que vale la pena conozcáis. D[...] ha perdido toda esperanza. Me gustaría saber lo que piensa alguna vez de la situación y de sus consecuencias. Todavía tenemos dos ametralladoras y cuatrocientas balas. Un mortero y diez granadas. Además, hambre canina y cansancio.

Berg[...] ha salido con veinte hombres, sin órdenes. Mejor es saber cómo acaba esto en tres días que en tres semanas. No se le puede censurar.

Y, para terminar, lo personal. Puedes confiar en que todo acabará como es debido. Es un poco pronto a los treinta y cinco años, lo sé. Nada de sentimentalismos. Un apretón de manos para Lidia y Elena. Un beso para mamá (cuidado, padre, piensa en tu insuficiencia cardíaca) y un beso para Gerda. Saludos para todos los demás. Padre, el primer teniente... se despide de ti con la mano en la visera del casco.

## **Nota final del editor**

*Sobre el origen de las «Las últimas cartas de Stalingrado» se podría escribir una historia novelesca, la historia de la superorganizada burocracia del partido y de la guerra, con sus censores, sus esbirros y sus espías. Porque las cartas, desde su salida del infierno de Stalingrado pasaron por todas las oficinas de dicha burocracia. Mediante aquéllas se pretendía conocer «el estado de ánimo de la fortaleza de Stalingrado» y, con este fin, del Cuartel General del Führer partió la orden de confiscar la correspondencia. Dicha orden fue transmitida a la Oficina de Revisión de la Correspondencia de Campaña del Ejército, como disposición del Mando Supremo de éste. Cuando despegó el último avión de aquel infierno, en Novo-Tcherkask, se confiscaron siete sacas de correo. Ocurría ello en enero de 1943. Las cartas fueron abiertas, se borró en cada una de ellas el nombre del remitente y el del destinatario, se clasificaron de acuerdo con su contenido y se remitieron al Mando Supremo del Ejército en legajos cuidadosamente atados.*

*La Sección de Información del Ejército cuidó de la interpretación estadística del «estado de ánimo» clasificando las cartas en seis grupos. El resultado obtenido fue el siguiente:*

A. Favorables a la dirección de la guerra:	2,1%
B. Dudosos:	4,4%
C. Escépticos:	57,1%
D. Opuestos:	3,4%
E. Sin actitud determinada, indiferentes:	33,0%

*Después de la interpretación estadística y conocimiento de sus resultados, las cartas, con la correspondiente documentación sobre Stalingrado, instrucciones del Führer, decisiones e informes, fueron puestas bajo la custodia de un comisario del partido con el encargo de escribir un libro documentado sobre la batalla del Volga. El Mando Supremo de Guerra Alemán habría dado con gusto su visto bueno, pero el lenguaje de los documentos era inequívoco. Por esta razón el libro fue prohibido. «¡Intolerable para el pueblo alemán!», falló el ministro de Propaganda.*

*Después, las cartas auténticas se trasladaron al Archivo Militar de Potsdam, donde fueron puestas en seguridad pocos días antes de la toma de Berlín y de donde habían de ser definitivamente recuperadas en nuestros días.*



# Notas

[1] Sargento mayor (N. del T.). <<